



CUENTOS DE MI TAITA POR NICOMEDES SANTA CRUZ

SIETE

**A mi buen amigo
Sebastián Salazar Bondy.
Lima, feb. 1962**

Como a las doce del día de aquel caloroso sábado veraniego, fueron mis últimos diligencios comprar discos en una tienda de las Galerías Boza. Luego, seguí calle abajo por el jirón de la Unión, pasé el "Bolívar", y entré a esa larga cuadra llamada Belén. Ciento noventa soles cada long play. Ahora mi problema estaba en encontrar un taxi libre que me llevara a casa, aligerarme de ropa en mi pequeño y solitario mundo y deditarme con mi mejor adquisición: "Bola de Nieve y su piano". Un taxi libre... Un taxi libre... A la una, empapado en sudor y mareado de ver pasar colectivos completos, decidí recuperarme mi optimismo premiándome con una cervecita helada, bien helada.

En la misma Belén de mis angustias ingresé a un bar de dimensiones descomunales. Como lo temía, estaba repleto de bebedores. Y lo de siempre: "¡Salud, don Nicomedes!...". "¡Díctame de negra laca...". "¡Sátimate imitándose la voz con taimada socarronería. Puse esa carta sería que tanto detesto. Sorrtando mesas y eludiendo brindis llegué hasta el salón del fondo. Allí todo era paz y tranquilidad, no había casi nadie, ni momentos... Contemplé el salón de afuera con su abigarrada multitud e infernal bullicio. Y me asomé de haber cambiado tanto. Yo, que fui el amo del "cañal en cinco rayas", del "ojos azules", y del desleal "tira y jorven"; ahora detestaba el cubilete con su secuencia de amigos ocasionales, vivezas criollas, riñas espontáneas y borracheras estúpidas... Mucho debo haber cambiado. Llegó el mozo (impersonal, displicente).

—Por favor, me trae una cerveza chica —le dije.

—¡No hay más que grande!

—respondió con sequedad.

Parece increíble cómo influye en el ánimo del consumidor el tamaño de la cerveza. Yo puedo beberme tres o cuatro cervezas chicas complacido en mi soledad, pero una cerveza grande completa, me hace pensar que es para dos personas y la tomo sólo porque no tengo amigos, y no tengo amigos porque no los merezco... Sin embargo, bebí.

Entonces fue que llegó él:

—Señor, ¿le lustro?...

—Bueno —le dije.

En realidad mis zapatos lo necesitaban. Por lo general me lustro yo mismo. Odió ver alquien a mis plantas. Ni una muger. Menos un niño. Lo contemplé detentadamente. Recordé a los pilluelos franceses de "Fan fan y Claudinet". Pequeño, de unos diez años. Triqueño y de hirsuta cabellera. Vestía camiseta de algodón y pantalones de camiseta, a la altura del corazón, un mal hilvanado rectángulo de

dicen "Siete" porque soy siete mesino.
—De dónde eres?
—De Huaral.
—¿Dónde vives?
—En el Rimac.
—¿Estudias?
—Este año entro a primero de media.

—¿Qué quieres ser?
—Banquero... o ingeniero.
—¿Por qué trabajas?
—Para ayudar a mi familia.

—¿Tienes hermanos?
—Sí señor —me dijo—, somos doce: el Lalo, la Rosa, que es casada; la Tini, que es casada; la Lala, que es casada; el Jorge; yo; la Juana; la Paula; el Coco; la Tere; la Coca y el bebuto, que todavía no tiene nombre. A la Tini se le murió su marido y ahora vivé con un ne-grito.

—¿Tienes papá?
—Sí.
—¿Te pega?
—No, mi papá es muy bueno y lo que gana lo pone en el Banco para comprarme ropa.

—¿Cuánto tienes guardado?
—Cuarentinueve soles.
—¿Amorzas?
—No señor, yo almuermo a las tres de la tarde, cuando ya hoy poco trabajo.

—¿Serías tan amable de acompañarme a almorzar? Te invito.
—¡Gracias, señor —me respondí.
Llamé al mozo y le pedí otra cerveza, dos cubiertos y la lista.

—¿Qué quieres servirte? —pregunté a "Siete".
—Lo que usted desee invitar —contestó.

Sólo había "seco de cordero" y cau-cau". Muy picante. Preparado con sésamo comercial, como para borrachos. Almorzamos. En la mesa vecina bebía un sergento de policía con dos amigos. Me miraba intrigado. De pronto, "Siete", sacó de su bolsillo una vieja billetera de la que extrajo un ajado recorte de periódico, y me lo mostró, diciendo: "Este es mi papá". Era la foto de un mestizo sesentón, con todo el aspecto de esos capataces de cuadrilla de la Hermandad de Carigadores del Señor de los Milagros. Sobre su fotografía se leía un titular o cuatro columnas: "Vecinos de Abajo se Puenten ven al "Hombre Canguro".

—¿Ustedes vieron al "Hombre Canguro"? —pregunté sorprendido.
—Todos en el barrio lo conocimos —repuso "Siete".

—Pero yo lo capturé la policía, ¿no?

—La policía lo atrapó a

otro —me dijo—. A un hombre alto que también cojeaba. Un día lo vieron unas señoras y se asustaron; gritaron que era el "Hombre Canguro"; él también se asustó y con un puntón que llevaba en la cintura hirió a una de ellas. Después la gente lo corrió y lo chaparon, le reventaron un ojo y se lo llevó la policía.

—Pero entonces, ¿quién era el verdadero "Hombre Canguro"? —inquirí ansioso por saber la historia de aquel sádico asesino de mujeres, que meses atrás había sembrado el pánico entre los vecinos del Rimac.

—El "Hombre Canguro", era bajo, "maceia" (9), así de mi color —dijo "Siete", apuntándose el rostro—, caminaba dando saltos y con las solapas del saco subidos. Lo conozco porque una noche lo corréamos y se escapó por "La Totorita". Cuando chaparon al otro él desapareció y nunca más se le ha vuelto a ver.

—¿Tú nunca has robado, verdad? —le pregunté.
—No señor —me respondió—. Yo trabajo desde los cinco años. Antes vendía periódicos, pero en esto gano más. Los que roban son los que paran en la Plaza San Martín, por los portales, pero yo no me junto con esos. A mí me han robado ya tres veces y me he trompeado con ellos.

—¿Quieres una gaseosa?
—Sí señor, esto pica mucho y ya me llené con el "seco", creo que voy a dejar el "cau-cau".

A estas alturas llegaron dos lustrabotas más. Vulgares. Sin clase. No eran como mi amigo. Uno de ellos, serranito, se sentó en el suelo a contemplarnos. El otro, injerto, le pidió a "Siete" sus sobras del "cau-cau". Nunca podré olvidar la cara de satisfacción y satisfacción que puso mi pequeño amigo.

—Todos los sábados es mi día de suerte —me dijo—. El sábado pasado otro señor también me invitó a almorzar.

—Es que tú eres un buen chico, "Siete". Ahora te dejo porque tengo que hacer.

—¿Nos veremos otro día señor? ... ¿Venidrá usted el próximo sábado?
—Seguro, "Siete", seguro —le mentí.

Al retirarme, el primero que me invitó a su mesa fue el sergento vecino:
—¿Me acepta un trago, don Nicomedes?

—No puedo, gracias; acabo de almorzar con mis amigos —le dije señalando a los tres lustrabotas que me miraban felices.

(9) "Maceia": Persona de robusta corpulencia.

